

## RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

El aberrante ataque sexual que sufrieron varias jovencitas en un vagón del Metro por parte de un grupo de liceanos a vista y paciencia de los demás pasajeros que viajaban en el mismo vagón, me hizo recordar por contraste mi época de colegial y los diarios traslados en tranvía de la casa al colegio, pero para mí, al igual que a los muchachos y muchachas de mi edad no era un tranvía cualquiera. Era el carro 3 y, para mayor identificación, el carro 3-1-A como se leía en una placa metálica puesta frente al conductor.

El carro 3 iniciaba su trayecto en Plaza Egaña, en cuyas proximidades yo vivía, y su destino era la Estación Central. Eso significaba que a la hora del inicio de las clases, el tranvía iba recogiendo a estudiantes del Liceo Manuel de Salas, del Liceo 5 de Niñas, del Instituto Nacional, de las Monjas Inglesas, del British High School, de los Padres Franceses, del Liceo 2 de Niñas y del Liceo Aplicación. Cuando se daba el caso de que alguno de los habituales pasajeros escolares llegaba un poco adelantado a su respectivo paradero, dejaba pasar el tranvía de esa hora y esperaba que llegara el 3-1-A.

Ahí estaba la fiesta matinal de todos los días, una fiesta en que a ninguno de nosotros, sea por virtud, timidez o ingenuidad, se nos pasaba por la cabeza perpetrar los actos que los liceanos de hoy realizaron en un vagón de nuestro flamante y bien mantenido Metro. Había sí mucho contacto, pero no contacto

físico, sino contacto de ojos, de miradas furtivas, de cándidos sonrojos, aunque los más osados solían decir algunas palabras admirativas a nuestras compañeras de viaje, cuyas facciones conocíamos y reconocíamos sin saber de ellas ni siquiera el nombre. Así, en nuestros inocentes quince años nos enamorábamos y desenamorábamos, nos inspirábamos para escribir ardorosos versos que alguna vez lográbamos deslizar dentro de los bolsones de cuero atestados de textos y cuadernos escolares.

Tiempo atrás, cuando en la televisión se estaba proyectando una telenovela de mi autoría, recibí una carta que firmaba simplemente "Adriana". Me decía que era viuda, que tenía hijos, pero que al ver mi telenovela recordó el amor

## Liceanos de ayer



**En nuestros inocentes quince años nos enamorábamos y desenamorábamos, nos inspirábamos para escribir ardorosos versos que alguna vez lográbamos deslizar dentro de los bolsones de cuero atestados de textos y cuadernos escolares.**

que sintió por mí al verme diariamente en el carro 3 y, para mayor señal, me nombró el libro de Benedicto Croce que yo llevaba en mis manos en ese entonces y me contó que para saber más de mí, había comprado el mismo libro pero que al leerlo no había entendido una

palabra. Y la verdad era que yo tampoco comprendí nada de lo que decía ese libro que yo llevaba siempre para posar de intelectual. Nunca supe ni sabré quién era, de entre todas las liceanas del carro 3, esa misteriosa Adriana que yo había logrado conquistar sin darme cuenta ni saberlo. Por un tiempo fantaseé con la idea de que tal vez ella era una de las tantas chiquillas de las que me enamoré a mi vez en el tranvía, hacia quienes nunca tuve el valor de enviar alguna señal que insinuara mis sentimientos.

Pero no todo eran inocentes juegos sentimentales en el carro 3, también había la oportunidad de conversar con estudiantes de otros colegios y desde ahí comenzar a desarrollar las primeras inquietudes políticas y sociales. Recuerdo

especialmente mis largas conversaciones con Jorge Ovalle, hoy prestigioso abogado, o la primera vez que alguien me habló de marxismo, el hoy economista Sergio Aranda. De alguna manera el carro 3 era un aula donde se comenzaba a aprender y a conocer algunos aspectos de la vida que no se nos enseñaba en el colegio.

Cuando al término del Cuarto Año de Humanidades, los padres franceses se dieron cuenta de que habían sido infructuosos los esfuerzos que habían hecho por transformar al adolescente díscolo que yo era en un beatífico seminarista, y me dijeron que se daban cuenta que yo no estaba cómodo en el colegio y que me podía ir cuando quisiera, mi primera reacción fue la de pensar que si me iba del colegio, perdería las reuniones matinales en el carro 3. Afortunadamente, la solución era fácil. Me fui al Liceo de Aplicación que quedaba a dos cuadras.

Ahora que con nostalgia evoco al carro 3, no puedo menos que preguntarme qué ha pasado en estos años, para que la ingenuidad haya sido reemplazada por el cinismo, que nuestros platónicos amores de adolescentes se hayan convertido en agresión sexual, y aunque uno quisiera conservar el optimismo, tiene que reconocer que el mundo no ha avanzado, sino que ha retrocedido y que, a este paso, ahito de tecnología, habremos de regresar a la edad de las cavernas.